

PRÓLOGO INTRODUCTORIO

Este no es un libro sobre la guerra de Malvinas, aunque contiene historias de ella. Tampoco, un libro de running, aunque puede parecerlo. Ni siquiera, un libro de autoayuda, porque en varias líneas, describa situaciones difíciles y herramientas motivadoras para superarlas. Menos aún, un libro religioso, aunque está plagado de experiencias espirituales. Este libro no termina con el último recorrido, incluye historias que sucedieron como consecuencia de haber realizado el desafío, las cuales se siguen reproduciendo a diario.

Es un libro que contiene una parte importante de la historia de mi vida. De cómo en 1982 un chico que tenía 11 años, sin que ningún pariente o amigo, hubiera participado en la guerra, llegó a correr 250 km en seis días, casi treinta y cinco años después, para finalizar uniendo los cementerios argentino y británico como mensaje de paz.

Este libro te va a contar como pude superar el odio y reemplazarlo por amor al prójimo, cuáles fueron las motivaciones, las experiencias únicas e irrepetibles que vivimos en Malvinas, de cómo “Unir Malvinas corriendo” nos cambió la vida. Hablo en plural, porque Alejandro Chams y José Luis Polti, me acompañaron en este sueño. Sus pensamientos y

sensaciones también están contenidas en los próximos capítulos. El sacrificio de mi amor, Paula Kreitz, durante los meses de preparación física; las palabras de apoyo de mis amigos y de varios desconocidos que terminaron siendo fundamentales para lograr el objetivo, forman parte de los capítulos de este libro.

Necesité un año para preparar el viaje y nueve meses de entrenamiento para cumplir con el mandato que me había transmitido el héroe de mi infancia, el Comodoro Pablo Carballo. El mismo que, una vez finalizado los seis recorridos, me dijo: “Ahora, tenés que escribir un libro y contar todo lo que pasaste”.

Alejandro Gabriel Scomparin

Capítulo 1: Los caballos de Fitz Roy

Cruzo la tranquera. Estamos a menos de un kilómetro de los memoriales británicos que se encuentran en Fitz Roy y, a casi cincuenta de Puerto Argentino, capital de las Islas Malvinas. Me acompañan dos amigos en una camioneta, Alejandro Chams y José Luis Polti. Se sumaron al Desafío “Unir Malvinas” hace seis meses. Ambos son ingenieros mecánicos, nos conocimos en la UTN Buenos Aires, dónde trabajo hace más de quince años. José Luis es especialista en energías renovables y Alejandro administra dos talleres de verificación técnica.

Llueve sin parar desde hace cinco kilómetros. El agua dificulta mucho ver qué hay más allá de los veinte metros. Mientras trato de adivinar el camino que conduce a los memoriales, la camioneta acelera y se pierde de vista.

Luego de correr durante doscientos metros, a mi izquierda, desde la cima de una colina, me sorprenden tres caballos y un potrillo que bajan al galope muy rápido, pero cuando se encuentran a menos de dos metros, reducen su velocidad para acompañar mi paso. Robustos, de baja estatura, tienen abundante cabellera y cuello ancho. Parecen percherones. Los tonos claros con manchas oscuras predominan en

dos de ellos. En el tercero, el color oscuro, casi negro. El potrillo tiene una cabellera que le cubre casi todo el cuerpo.

Los caballos suben la colina. Llegan a la cima. Giran para quedar de frente a la bahía. Nos observamos. El sonido de mis pasos se confunde con la lluvia y las piedras del camino. No sé por qué, pero de repente, se me aflojan las piernas. No puedo mantenerme en pie. En un solo movimiento, estoy apoyado con mis rodillas y mis manos sobre el suelo. Tengo la cabeza inclinada hacia abajo. Beso la tierra. Observo las cruces y flores que honran a los muertos británicos. Todo en perfecto orden. El pasto está cortado al ras.

Levanto la cabeza para quedar arrodillado frente al Memorial, una piedra gris con forma de obelisco. Estoy feliz por haber llegado, pero también, siento mucha tristeza por quienes perdieron la vida allí. El silencio es inmenso.

Desciendo por el pasto para alcanzar la playa. El cuerpo se está relajando y me está dando señales claras de las consecuencias del esfuerzo de haber corrido durante cincuenta kilómetros. Intento agacharme. Pruebo hacerlo de un solo movimiento, pero las rodillas no

lo permiten. El suelo parece estar más lejos que lo habitual. Todos los movimientos son en cámara lenta. Cargo el agua que puedo. Mejor dicho, lo que me dejan las piernas. José Luis y Alejandro se mantienen a distancia.

Observo la colina. Los caballos siguen allí, pero se mueven a medida que me traslado, como si fuesen una imagen en espejo. Llevo un ritmo lento. Ellos también. Giro hacia la bahía. Levanto la vista hacia el cielo y me persigno. Rezo un Ave María y un Padre Nuestro. Me vuelvo a persignar y sigo caminando por el sendero que me lleva al memorial de los Guardias Galeses. Exploro el horizonte buscando la imagen de los aviones ingresando a la bahía, pero solo veo pájaros. El silencio, el paisaje, el clima o todos esos factores juntos facilitan el diálogo interno. ¿Qué habrán pensado los soldados que se encontraban en este mismo lugar hace treinta y cinco años? ¿Habrán sentido impotencia? ¿Habrán rezado por sus compañeros que estaban en los buques?

El 8 de junio de 1982 los ingleses intentaron desembarcar en Bahía Agradable; intentaban abrir un nuevo frente de combate al sur de Puerto Argentino. Confiaban en las malas condiciones climáticas. En la

lluvia y la nubosidad. En el continente, el tiempo era diferente y la Fuerza Aérea Argentina atacó por sorpresa. Fallecieron cuarenta y cuatro guardias galeses y otros cincuenta y siete británicos recibieron quemaduras importantes. Los buques Sir Galahad y Sir Tristan fueron destruidos y una lancha de desembarco Foxtrox, hundida. Los ingleses lo llamaron “El día más negro de la flota”.

Guardias galeses y escoceses aguardaban en el Sir Galahad y el Sir Tristan para iniciar el desembarco. Durante más de seis horas esperaron ansiosos la apertura de las compuertas. Jugaban a las cartas, limpiaban el armamento y aguardaban su turno rodeados de munición. El equipamiento y una ambulancia de campo tuvieron prioridad para ocupar la cabeza de playa.

Quince aviones argentinos los atacaron. Sus motores retumbaron sobre Bahía Agradable. Ese sonido ensordecedor llamó la atención de las fuerzas británicas que, de pronto se habían convertido en testigos circunstanciales de la ofensiva argentina. Las bombas cayeron sobre ambos buques.

La Fuerza Aérea Argentina ordenó un segundo ataque contra los objetivos navales y terrestres en la cabeza de playa del Establecimiento Fitz Roy. Esta vez, habían perdido el factor sorpresa.

Camino por la playa buscando más figuras que me permitan comprender lo que estudié sobre los hechos que sucedieron aquí. Me concentro en el segundo ataque. Pienso en el sonido de los motores de los aviones. Imagino a dos aviones ingleses que pasan a toda velocidad. Uno de ellos, es el primer teniente David Morgan.

Luego de once años, Sánchez –único sobreviviente del segundo ataque- conoció a Morgan. Se encontró cara a cara con la persona que puso fin a las ilusiones y proyectos de cada uno de sus amigos. El británico extendió su mano y Sánchez le dio un abrazo sanador. Lo propio hizo Carlos Cachón, piloto argentino que bombardeó el Sir Galagah, con Simon Weston. El ex guardia galés sufrió quemaduras muy graves que lo llevaron a soportar más de setenta operaciones para reconstruir su rostro.

Al igual que el Memorial del Sir Galahad, todo lo que lo rodea al Memorial de los Guardias Galeses está ordenado y cuidado. Desde lo más alto, una cruz celta brinda protección a los nombres de los muertos en ese lugar. A diferencia del anterior, se encuentra rodeado de palmas de amapolas rojas de papel y cruces pequeñas clavadas en el piso.

Vuelvo sobre los caballos. A simple vista, son pequeños puntos en el horizonte. Están en línea recta a nuestra ubicación. Nos observan, firmes.

Alejandro, José y yo comenzamos a caminar rumbo al sector de estacionamiento. Los caballos también se ponen en movimiento. Lo hacen a gran velocidad, ayudados por la pendiente del terreno. El galope es incesante. Vienen hacia nosotros. El miedo nos paraliza. El choque es inminente. A escasos centímetros, doblan y siguen su marcha por el pasto, al costado del camino.

Están regresando por el mismo lugar donde me acompañaron cuando ingresé a la bahía, como si tuviesen un carril asignado en una autopista. El terreno es llano, no hay árboles ni piedras que obstaculicen su camino. La turba y nosotros somos testigos silenciosos de su galope. Detienen su marcha al lado de nuestra camioneta.

Llegamos hasta allí todavía asombrados, mientras los caballos siguen inmóviles. Abro la puerta trasera derecha, mientras me miran fijo. El silencio no se interrumpe. Espero alguna reacción. Mueven sus cabezas a medida que nos trasladamos alrededor de la camioneta. Están mojados, como nosotros.

Alejandro y José Luis ordenan la camioneta y preparan el regreso. Apenas me puedo acomodar en el asiento de atrás para cambiarme la ropa. Observo los caballos con una mezcla de asombro y agradecimiento mientras intento recuperar fuerzas. Siguen allí. Tienen ojos oscuros. Los tres son inseparables, como Arrarás, Bolzán y Vázquez; los tres pilotos argentinos que ofrendaron su vida en ese mismo lugar.

Al teniente 1ero. Danilo Bolzán, de veintisiete años, lo derribaron después de haber hundido un lanchón de desembarco. En el libro “Los Halcones no se lloran”, el Comodoro (RE) Pablo Carballo escribe sobre él: “Era amable, respetuoso, pero de temperamento fuerte. Era rubio, de ojos verdes, muy fuerte y corpulento. Se destacó en el deporte, especialmente el rugby. Estaba destinado en la Escuela de Aviación Militar, pero pidió retornar a la V Brigada Aérea como voluntario. Su vocación de servicio y el amor a la patria fueron decisivos para tomar la decisión de ir a combatir”.

Los tenientes Jorge Alberto Vázquez y Juan José Arrarás tenían veinticuatro y veinticinco años, respectivamente. Ambos fueron abatidos antes de llegar al blanco.

Alejandro pone en marcha la camioneta con sumo cuidado para no asustarlos.

Bajo la ventanilla.

—Chau muchachos. Gracias por cuidarnos.

Capítulo 3: Ultramaratón en las islas

Troto por la banquina derecha de la ruta para observar el tráfico que circula de frente. El asfalto está en muy buen estado, pero intento usar la banquina para tener el menor impacto posible en tobillos y rodillas. Allí, el terreno es blando. Llevo las zapatillas para carreras de calle.

Siempre soñé con este lugar. Van veinte minutos. Escucho el motor de una camioneta.

— ¿Cómo venís?, pregunta Alejandro

—Excelente.

—¿Necesitas algo? ¿Bebida? ¿Comida? — pregunta José Luis.

—¡Recién arrancamos! — respondo entre risas.

En Buenos Aires planifiqué cada recorrido con las pocas fotos que encontré en internet. Debo estar cerca de la única referencia de todo el camino. Un lugar dónde los turistas dejan su calzado (zapatillas, zapatos o botas) al costado de la ruta. Los isleños sostienen que quienes realizan ese ritual, volverán a las Malvinas. Este punto está a diez kilómetros de Puerto Argentino. Cerca de allí se encuentra el Monte Harriet. Así lo llaman los ingleses. Los argentinos lo designamos

Enriqueta, pero tengo una denominación propia para él. Lo llamo Monte Baruzzo.

El Cabo 1° Roberto Basilio Baruzzo le salvó la vida al Teniente 1° Jorge Echeverría, herido de cinco balazos. Con sólo 22 años, lo rescató, atendió y enfrentó a los ingleses hasta que lo rodearon. Echeverría le había pedido que lo abandonara para morir allí.

—Roberto, ándate. Salvate. Déjame morir. Estoy en paz.

A escasos metros, con enemigos apuntándolo y sin municiones, Baruzzo sacó su cuchillo y se preparó para defender a su superior. El jefe inglés se lo bajó con su fusil y lo abrazó paternalmente. Un gesto reservado para los valientes. El inglés tomó el cuchillo del suboficial argentino totalmente cubierto de sangre, lo limpió en su ropa y se dirigió a sus subordinados. Todos ellos bajaron sus armas, se acercaron al suboficial argentino y lo palmearon en la espalda. Baruzzo tenía el brazo izquierdo totalmente hinchado por la herida que le provocó una esquirla —un alambre debajo de la piel desde la muñeca hasta la altura del codo— en pleno ataque inglés en Monte Kent el día anterior.

En la guerra de Malvinas, sólo dos suboficiales del Ejército Argentino recibieron la máxima condecoración a la que puede aspirar un hombre de armas: la Cruz Argentina al Heroico Valor en Combate.

Una de ellas fue para el Cabo Primero Roberto Basilio Baruzzo, la otra para el Sargento Primero Mateo Sbert, muerto en Top Malo House.

Dejo atrás Monte Baruzzo. Cada cuatro, cinco o seis kilómetros encuentro la camioneta. Son instantes de alegría, aliento y alimento.

—Cuando el camino cambie de ripio a asfalto, por favor, detengan la camioneta, aunque no hayan pasado cinco kilómetros—, les pido a mis amigos.

Las escalas me permiten cambiar calzado, ya que la ruta alterna asfalto con ripio. En el ripio puedo usar las Supernova Glide BOOST porque las TR7 Kanadia impactan mucho en el asfalto, y ese impacto se proyecta en el tobillo izquierdo. El mismo en el que arrastro una lesión desde hace cuatro meses.

A partir del kilómetro veinte todo es ripio. Si bien, el pronóstico del tiempo anuncia ráfagas de 75 km/h y algunas lluvias aisladas, todavía no llegan. El cielo se vuelve más oscuro a cada paso.

Hago el primer cambio de indumentaria. La camiseta de Aldosivi le deja lugar a la campera de goretex. Un poco por ansiedad y otro poco por la adrenalina de empezar a correr, no traje los guantes. En las manos, los cuatro grados de temperatura se sienten como si fuesen diez

bajo cero. El resto del cuerpo lo soporta muy bien. Las tres capas de abrigo forman un microclima que me protegen a la perfección.

La camioneta se encuentra próxima a un guardagujarado. Son una buena referencia porque al lado de cada uno de ellos hay un cartel que indica el nombre de la Estancia.

A medida que avanzo, siento el aroma de la tierra mojada. Hace cinco kilómetros que la lluvia me está escoltando. El viento sigue ausente. La soledad del camino provoca una conexión especial con ese lugar. Cada vez que salgo a correr por lugares nuevos o que tienen un significado emotivo muy importante, mis sentidos se enfocan en observar el paisaje, escuchar el silencio. No llevo música ni nada que me pueda distraer. De repente, una ráfaga de viento pasa de largo. Es como un ventilador gigante de tormenta que me vuelve a la realidad.

Alcanzo la camioneta. Cambio las zapatillas otra vez. Alejandro me alcanza las Kanadia, especiales para el ripio. José Luis me alcanza comida.

Deben haber transcurrido menos de tres kilómetros, cuando el viento deja de preocuparme. No debe superar los veinticinco kilómetros por hora. La lluvia no se detiene. A la derecha, pasto. A la izquierda, ovejas. Adelante, la ruta con sus ondulaciones.

El silencio solo se interrumpe con el canto de los pájaros, en forma esporádica. Escucho un ruido nuevo. Se repite. Otra vez. Le resto importancia, pero a medida que avanzo tengo la certeza de que es real y cercano. Debo tener algo atrás. Freno bruscamente para darme vuelta y buscar el origen de ese sonido persistente. No hay nada. ¡Me asusté de mis propios pasos!

Alejandro baja de la camioneta para filmar la llegada. Busco a José Luis, pero no lo encuentro. De repente, giro a la derecha y lo veo a unos veinte metros de la ruta, arrodillado, cámara en mano, con la capucha que le cubre la cabeza y parte de la cara. Levanto la mano para saludarlo, mientras empieza a caminar. El clima no lo amedrenta.

Alejandro despliega el mapa de las islas sobre el capot de la camioneta. Tiene mucha facilidad para leerlo y anticipar el camino, las distancias. Siento mucha seguridad cada vez que brinda alguna indicación.

—Prestá atención porque estamos cerca del cruce con el camino a Fitz Roy. El cartel debe estar a menos de cinco kilómetros, sobre la izquierda de la ruta

Una camioneta reduce su velocidad.

—¿Is it ok?— Nos pregunta el conductor

—Yes, thank you—. Responde José Luis.

Muchos automovilistas frenan para consultar si necesitamos algo. Nadie nos interroga sobre nuestro origen, ofrecen ayuda desinteresadamente.

Me despido de mis dos amigos con la mente puesta en el desvío del camino hacia Fitz Roy. En ese tramo de carrera elijo llevar el cinturón de hidratación NOAF con dos botellas de 250 cm³. Tengo un par de geles en forma de gomitas. La seguridad de encontrar la camioneta cada media hora o menos, es una tentación para correr más liviano. Llevo un paso tranquilo. Debo estar corriendo a seis minutos el kilómetro o un poco menos.

Llueve en forma intermitente, pero no afloja. El cielo toma un color gris uniforme. De repente, la cantidad de agua que cae aumenta drásticamente, reduciendo la visibilidad a menos de diez metros. Tengo la cabeza mojada, pero me coloco la capucha de la campera porque la

visera permite tener mejor panorama. La capa de vaselina que llevo sobre las cejas sirve para evitar que el agua de lluvia y la transpiración nublen la vista. En menos de cuatrocientos metros, deja de llover. La visibilidad vuelve a ser óptima. No puedo entender como el clima cambia tan rápido. Giro permanentemente la cabeza a la izquierda para buscar el cartel. A diferencia de las rutas del continente, que se encuentran a la derecha, aquí se circula por la izquierda.

Antes de cubrir cuatro kilómetros desde la última parada, lo veo. Tiene fondo blanco con letras negras en forma de flecha. Es chico, sólo indica la dirección y el destino —Fitz Roy —, pero no la distancia.

Me resulta extraño no ver a José Luis y Alejandro. Estarán más adelante.

Empiezo a sentir sed. Tomo una de las botellas y noto que tiene menos de la mitad de su contenido. Bebo un pequeño sorbo de una bebida británica con sales, tipo Powerade, que se llama Lucozade. Reviso la segunda. Es la que lleva agua. Está casi vacía. La reservo para cuando decida comer los geles que llevo en el bolsillo del cinturón. Las ganas de volver a correr y perder el menor tiempo posible en la última parada me jugaron una mala pasada. Me olvidé de recargar las botellas.

La ruta que estoy transitando la abrieron los ingenieros argentinos en 1982. Antes de la guerra sólo existía una huella en ese lugar. Les agradezco que la hayan hecho bastante recta. El ripio está sólido a pesar de la intensa lluvia. El camino presenta charcos aislados. La soledad y el silencio resultan atrapantes.

Hay máquinas viales inmóviles, algunas ovejas y ripio.

“En cualquier momento, empiezo a hablar con las ovejas para distraerme”.

Hago cuentas. Debo estar cerca de los cuarenta y cinco kilómetros de recorrido y no tengo indicios del famoso muro de los maratonistas; el punto crítico que, generalmente aparece a partir de los treinta kilómetros, y provoca dolor y agotamiento, como si todo el cuerpo se viniera abajo. Afecta la cabeza. Afloran pensamientos negativos. Los corredores nos preparamos para enfrentarlo, pero no siento dolor, tirón o molestia alguna.

A lo lejos, una casa con chimenea. Empiezo a correr más rápido. La casa se agranda. La puedo observar con detalle. Debe tener cuatro o cinco metros de altura y techo a dos aguas. El color de sus paredes

se confunde con el gris del horizonte. Una gran ventana de doble hoja ocupa casi toda la extensión de la pared con ladrillos a la vista. El pasto está perfectamente cortado. Pienso en la gente que debe vivir allí.

—¿Habrá niños?

Seguro es una pareja mayor que deben llevar una vida muy tranquila, dedicados a cuidar su lugar en el mundo. Por eso, tienen tiempo para cortar el pasto, apilar la leña, preparar su propio pan, cuidar las pocas plantas. Seguramente, estarán sentados alrededor del hogar, tomando alguna bebida caliente o, simplemente, conversando. El frío me quema las manos.

—¡Lo que daría por acercarlas al fuego para que recuperen su temperatura!

Otra vez tengo sed. Las botellas están vacías. Intento tomar agua de la lluvia. Mojo los labios con transpiración para tener algún tipo de saciedad y, así, engañar al cerebro.

La ruta se presenta más fácil y me predispone a acelerar el paso.

El alambrado perimetral deja paso a la tranquera de ingreso. Si la transpongo, espero ser muy bien recibido por la pareja de abuelos.

Pienso en pedirles permiso para calentar mis manos y tomar agua. Imagino la conversación. Las palabras de bienvenida, la luz de sus ojos celestes transformados en preocupación por mi aspecto, cuando me acerco al fuego del hogar todo mojado. La señora le pide a su esposo que me traiga una manta. No me dejan seguir camino hasta que beba algo caliente y comiese una porción de budín casero. La ansiedad me lleva a correr por la mitad del camino. Miro el reloj. Pasó casi una hora desde que nos despedimos con Alejandro y José Luis.

De repente, una bocina insistente y el sonido de los neumáticos sobre los charcos de agua interrumpen mi imaginación.

—Seguimos de largo con la camioneta y no vimos el cartel de Fitz Roy—, dice Alejandro.

Estuvimos separados durante diez kilómetros. Por la sed y el frío, parecieron cincuenta.

Capítulo 9: Perdidos en Monte Longdon

A los costados, el camino presenta pozos llenos de agua, que no superan los cincuenta centímetros de diámetro. Aparentan poca profundidad. En algunos tramos se esparcen hasta la mitad de la ruta, lo que me obliga a correr en zigzag para evitarlos. Los dos días anteriores cayó un aguacero y la ruta guarda testimonio de ello. Miro las nubes esperando que no vuelva a llover, pero el cielo parece indicarme lo contrario. Está absolutamente cubierto.

El terreno es muy desigual a ambas márgenes. Alterna entre vegetación y piedra, la cual empieza a ganar protagonismo. A medida que asciendo, los charcos se hacen esporádicos.

El viento empuja cuando empiezo a subir. Traspongo un guardaganado. Alterno carrera con caminata. Después de veinte minutos, los dolores en las piernas forman parte del recuerdo.

A lo lejos, el camino se pierde de vista. A medida que me acerco a la cima de la lomada, las piedras reemplazan al pasto al costado de la ruta. Tienen diferentes tamaños, varias de ellas, superan los cincuenta centímetros de largo. A escasos metros del punto de encuentro acordado con Alejandro y José Luis, un cartel advierte mantener la izquierda. Los cráteres de los bombardeos británicos

comienzan a aparecer mezclados con el pasto. Los identifico rápidamente por su una circunferencia casi perfecta. El terreno sigue siendo blando. Ideal para correr.

Arribamos a una posición argentina. A partir de allí debemos seguir caminando. La niebla que cubre las elevaciones cercanas anticipa que el tiempo mejorará a lo largo del día. Las condiciones actuales complican la orientación para encontrar el Monte Longdon. Tampoco existen carteles para ubicarse. Tengo la esperanza de visualizar la cruz que se encuentra en la cumbre, a medida que avance a campo traviesa.

José Luis y Alejandro bajan de la camioneta. Buscamos algún indicio que nos pueda dar idea de la dirección que **tenemos** que seguir. El camino está inaccesible para la camioneta y para el calzado de mis amigos, por la gran cantidad de barro en el lugar.

Comienzo a caminar. Alejandro sigue mis pasos desde una colina cercana hasta que llega al final de la misma. Levanto mi pulgar en señal de aprobación y sigo camino.

El viento cambia de dirección a cada rato. La vegetación modifica su fisonomía con mucha frecuencia. El pasto presenta diferentes alturas y la turba modifica su dureza a cada paso. Por momentos, mis pies se

hunden en ella, pero al siguiente paso, se encuentra firme. Resulta difícil encontrar una ruta homogénea. Las zapatillas resisten el ingreso de agua, pero el viento sopla, una y otra vez. Por momentos, empuja. En otros, golpea la cara con fuerza y me frena. La imposibilidad de correr provoca que sienta mucho más el frío. Intento mantener una línea recta tratando de pisar lo más firme posible.

Hacia ambos lados, sólo encuentro una gran llanura provista de pasto verde que se interrumpe con círculos perfectos. Seguramente corresponden al cañoneo británico. El pasto cubre los pies hasta el tobillo. El terreno muestra mucha sinuosidad. A medida que avanzo, se hacen visibles algunas posiciones argentinas. Me detengo para analizar con detenimiento los impactos cercanos a ellas. En ese lugar se escucharon gritos, gemidos, zumbidos de los proyectiles y ametralladoras. Hoy es todo paz. Un gran silencio.

Llevo poca hidratación y algunos geles. Las ondulaciones persisten. Cada vez que supero alguna de ellas, me sorprende con un nuevo terreno que, hasta ese momento, estaba oculto.

Estoy avanzando en zigzag. Pierdo energía al desplazarme en zigzag, pero el terreno se empeña en que no pueda hacerlo en línea recta. Camino lento porque un mal paso puede provocarme un

esguince. La pierna derecha responde muy bien —los masajes matutinos con aceite verde la ayudaron a recuperarse— pero, tengo pensamientos recurrentes sobre su estado. “Aguantaré mañana”, “¿Cómo me voy a sentir cuándo tenga que correr sesenta kilómetros?”, “Tendría que haber elongado más tiempo ayer después de terminar”, “El frío y la lluvia deben haber entumecido los músculos”.

La lesión del tobillo no me dolió ni me molestó en estos tres días. Me preocupa mucho pisar mal. Pienso de forma obsesiva en ello. Como si el pie derecho no existiese. Tengo la cabeza enfocada en evitar cualquier accidente con el pie izquierdo. Hago pasos más cortos. No tengo contacto visual con José Luis y Alejandro. Me recrimino haber empezado a caminar solo sin tomar las suficientes precauciones. Tampoco puedo orientarme. Me detengo otra vez. Giro trescientos sesenta grados buscando algo. Lo que sea. Algún indicio que me permita saber dónde estoy y hacia qué lugar estoy yendo. Quiero pensar en positivo, pero mis reflexiones siguen siendo nocivas. No las puedo evitar. Por primera vez, siento temor.

Carballo me contó sobre su relación con el miedo, cómo lo enfrentaba antes de salir a una misión. Cruzo mi mano derecha para tomar la muñequera que se encuentra en el antebrazo izquierdo. Debajo

de ella llevo el Rosario de Carballo. Cierro los ojos y lo percibo cerca.

Pienso en sus palabras:

—¡Vos tenés que ir a correr a Malvinas!

Voy a terminar el recorrido de hoy y los que restan. Se lo debo a Carballo y a todos aquellos que vine a homenajear y, para ello tengo que superar estos pensamientos negativos que no me llevan a ningún lado.

Los cráteres se reproducen. Tienen una circunferencia perfecta. Aparentan tener poca profundidad. Están llenos de agua de lluvia que dejan ver las capas de turba en las paredes interiores. También observo posiciones argentinas. Los puedo diferenciar porque, en ellos, se encuentran casquillos de fusiles FAL —fusil utilizado por argentinos y británicos—. Entrecierro los ojos para recibir los pocos rayos de sol que entibian la cara. Quienes lucharon allí están dando una señal de valor y energía. Ellos también tuvieron miedo, pero lo enfrentaron y lo vencieron. Tomo aire. Inflo mis pulmones por completo.

A medida que avanzo, el frío se hace sentir cada vez más por acción del viento. Las nubes están altas y el tiempo mejora, pero mi orientación, no. La cruz que tanto busco, no da señales. El terreno me engaña con facilidad. Supero una lomada y descubro otro escenario. La

ausencia de árboles y el silencio constante me provocan una gran sensación de inmensidad.

A lo lejos, observo un cúmulo de piedras, pero debo superar una leve pendiente para alcanzarlas. Me agacho para generar mayor tracción a las piernas. Llevo un poco más de una hora de recorrido. Los cráteres son más numerosos y la separación entre ellos se reduce de forma abrupta. Por el tamaño —no superan el metro de diámetro— corresponden a disparos de morteros. Alcanzo el punto más elevado. No tengo idea en qué lugar me encuentro, pero esas piedras no pertenecen a Monte Longdon. Mi desorientación aumenta. A la derecha está el Monte Dos Hermanas. Para ahí no tengo que ir. ¿Cómo vuelvo? ¿Por dónde? Intento buscar serenidad para encontrar una solución. El horizonte no me devuelve ninguna referencia y todo resulta parecido. Decido avanzar en línea recta. ¿Por qué? No sé. Pero, en alguna dirección tengo que hacerlo.

A diferencia del camino de ida, piso tierra firme. En junio, pleno invierno, la turba es más inestable. Sin embargo, cuando imagino haber encontrado el camino correcto, supero una pequeña colina y observo un panorama completamente diferente al que transité en la ruta de ida. Continuo la marcha en línea recta con la mirada fija en el horizonte

cuando, de pronto, los pies se hunden en el terreno. Desentierro la zapatilla izquierda mientras trato de afirmarme sobre la derecha. Los pastos altos impiden que pueda adivinar donde pisar con seguridad.

Antes de viajar a Malvinas, leí el libro “Sección Gato RI 25” Recuerdos de Malvinas, cuyo autor es el Veterano de Guerra José Alarcón. El autor menciona lo difícil que resulta orientarse en las islas: *“Aquel paisaje de Malvinas, de cerros bajos y llanuras extensas, hace perder rápidamente cualquier punto, todo se asemeja o se confunde”*. Las palabras resuenan con fuerza en mi mente. Siento que estoy vagando, errante, sin rumbo fijo. Busco un camino firme, mientras recuerdo una de las primeras recomendaciones de Ever Moriena: “llevá brújula”.

Quiero convencerme que no debo preocuparme. Seguramente, Alejandro y José Luis volverán a Puerto Argentino. Avisarán a la policía que estoy perdido y vendrán a buscarme en helicóptero. Es un espacio abierto. Me van a encontrar enseguida. —¡Que papelón! —.

Procuró visualizar imágenes motivadoras. El mismo método que uso cuando entreno distancias largas. Imagino situaciones, escenas que dan placer. Nada resulta. Mi cerebro racional me habla: “estás perdido”, “José Luis y Alejandro deben estar muy preocupados”. Vuelvo

a detenerme. Es increíble estar perdido en este lugar que parece infinito. Estoy confundido, no tengo idea donde estoy.

Cambio de método. Intento encontrar respuestas recordando historias de la guerra. La primera que viene a mi mente es la de Juan José Gómez Centurión. —¿Cómo habrá hecho para orientarse en la oscuridad de la noche junto a dos soldados e infiltrarse en las líneas enemigas para rescatar a un compañero herido? —. Recuerdo a Esteban Tries y José Luis Cerezuela. Ambos le hicieron silla de oro al Sargento Manuel Villegas, herido con dos balazos. Caminaron ocho kilómetros con luna llena para llevarlo al hospital y salvarle la vida. Bajaron por Wireless Ridge, cerca de mi posición actual, pero de noche, en pleno combate, y llegaron. Sigo buscando algún punto de referencia y caminando de día, en situación de paz y en verano. Ellos las tenían todas en contra y lo lograron. Debo poder hacerlo.

Encuentro una huella de camioneta. Decido seguirla. Camino mirando hacia abajo. A veinte metros, gira a la izquierda. Me entusiasmo. Alguien llegó hasta aquí en Land Rover. Si la sigo, voy a encontrar una ruta segura para regresar. Continúo girando. Camino otros diez metros. La huella se hace más superficial. El pasto comienza a taparla hasta que deja de existir. Es como si, a partir de ese lugar,

hubiese desaparecido. —O la cargaron a cococho o la enterraron—, pensé. El entusiasmo se esfumó, pero tengo el sentimiento de estar transitando el camino correcto.

Levanto la cabeza para seguir caminando por instinto hasta que llego a una ladera. El Monte Dos Hermanas está cada vez más cerca, lo que significa más lejos del punto de encuentro. Avanzo un paso y retrocedo tres. Cuando pienso haber encontrado el rumbo, aparecen señales que demuestran lo contrario.

Al final de esa ladera hay un camino de piedra. Bajo rápido, teniendo especial cuidado por las rodillas y el tobillo izquierdo. Las bajadas son una tentación para correr rápido, pero en ese momento, tengo que frenar y cuidar las piernas. Decido cruzar un alambrado. A la izquierda está Puerto Argentino y a la derecha, el Monte Dos Hermanas. En la base del monte hay una pequeña construcción solitaria. Opto por caminar hacia la izquierda. Es más largo, pero más sencillo para pedir ayuda. El camino de piedra no me deja correr. Camino con precaución.

A medida que las siluetas de las casas de la ciudad van tomando mayor tamaño, comienzo a tener el mismo pensamiento del primer día, camino a Fitz Roy. Imagino el diálogo con el habitante de la única casa que hay en esa zona. Unos metros antes de llegar, observo una

camioneta Land Rover que pasa y toma un camino en subida. Por primera vez desde que me separé de José Luis y Alejandro, estoy seguro donde me encuentro. Estoy llegando al mismo lugar donde iniciamos el recorrido. Siento como el cuerpo recupera energía. Vuelvo a correr por el mismo camino que inicié el recorrido, con la alegría de saber el destino.

Capítulo 15: El viento de los héroes

Hay muy pocos árboles en las islas. A simple vista, parecen desiertas. Puedo predecir los caminos con facilidad, planificar descansos, establecer metas y vencer la incertidumbre. Si aparece un punto oscuro en el horizonte, sé que se trata de la camioneta donde Alejandro y José Luis esperan mi llegada.

Llevo corriendo casi treinta minutos que partí desde Puerto San Carlos rumbo al cementerio argentino, en Darwin. Estoy a mitad de camino de Moss Side, donde refiere el historiador inglés David Neil, fue capturado el pelotón del Subteniente Reyes. El cielo está nublado, pero el sol comienza a asomarse, aunque no lo suficiente para generar sombra. La temperatura no debe superar los diez grados.

Parece que tuviese una enorme piedra en cada zapatilla. El terreno está muy duro, tal vez por eso, siento a las zapatillas Reebok muy pesadas. Cada pisada repercute muy fuerte en las piernas. Acumulo casi ciento veinte kilómetros. Las rectas predominan en esta etapa de la ruta, aunque con pequeñas ondulaciones, el camino es bastante llano. El viento decide a qué velocidad debo correr y no puedo hacer nada para modificarlo.

Pocos metros antes de detenerme en la camioneta, José Luis se acerca, me apoya la mano en el hombro y me habla, pero el viento me impide entender que está diciendo. Por sus gestos, comprendo que me da aliento para seguir. Levanto mi pulgar izquierdo y miro el reloj. En menos de una hora y cuarto recorrimos trece kilómetros. Tengo hambre.

El ripio se torna más suave, pero decido cambiar de zapatillas. Había optado por las Reebok porque tengo los pies levemente hinchados. Regreso a las Adidas Glide Boost. Priorizo mayor amortiguación sobre comodidad. Me despido de mis amigos y vuelvo a la ruta.

Dos espejos de agua circundan el camino. Uno de ellos, se encuentra muy cerca de la ruta, a menos de dos metros; su forma asemeja a una circunferencia casi perfecta y está rodeado de matas de arbustos con cojín mezclados con pastos altos que les permiten resistir las embestidas de los fuertes vientos de la zona. Estoy cerca de un puente de hierro similar al del Arroyo Malo.

El viento sopla a favor, empuja y moviliza mucho; siempre a mis espaldas. La vegetación que crece a los costados de la ruta está inclinada en dirección contraria a la que estoy corriendo —se llama efecto bandera y es común en Malvinas—. Ese detalle me sorprende.

Pienso que la mayoría de las veces, sopla en dirección contraria y, hoy, por suerte, me está ayudando. Ni quiero imaginar lo que debe ser soportarlo de frente.

Empiezo a prestarle más interés a la acción del viento. Cuando inicio una bajada, empuja con fuerza. Tanto, que debo bajar la velocidad lo máximo posible, para no dañar aún más las uñas rotas. Cuando tengo que subir, desaparece. Al llegar a la cima, regresa con fuerza para ayudarme a seguir.

Tengo pensamientos recurrentes sobre lo que sucede en las subidas y bajadas con el viento. Intento razonar. Cuando se encuentra con una depresión del terreno —un descenso—, se debe dispersar, una parte de él debe seguir derecho —en la superficie— y otro, de menor intensidad, debe acompañar la ondulación del terreno. Es eso. Siempre hay una explicación. No hay nada raro, pero ¿Por qué deja de soplar cuando empiezo a subir? ¿Acaso, choca contra el terreno y desaparece? El primer día, los tres caballos, ¿y ahora esto? Hay algo más. Miro al cielo buscando una explicación a lo que estoy viviendo.

Llevo ciento cuarenta kilómetros acumulados. Las piernas responden a la exigencia sin dolor.

La rodilla derecha presenta una leve molestia en la parte superior de la rótula. Nivel de dolor: uno.

A quinientos metros, una curva de casi noventa grados. No existe ninguna barrera que pueda frenar el viento. Me preparo mentalmente para recibir el vendaval de costado o, en el peor de los casos, de frente, ya que en los últimos kilómetros cambió de dirección en forma leve, pero siempre empuja con fuerza.

Avanzo a toda marcha debido a una pequeña depresión del terreno. Luego de ella, la curva. Seguro me va a frenar. Voy a tener que reducir la velocidad y a poder descansar un poco. Permanezco con la mirada fija en la curva. Trescientos metros. Doscientos. Les hablo a mis piernas:

—Un poco más y caminamos.

Cien metros. Muevo rápidamente los brazos para ayudar el desplazamiento. Veinte metros. Enfrento la curva tratando de no pensar en el cambio de dirección.

Estoy transitando el mismo camino que realizaron las tropas británicas rumbo a Darwin. El silencio actual se contrapone con el sonido de la columna de soldados que se desplazaron por allí. La pérdida del Atlantic Conveyor con sus helicópteros y aviones fue un duro

golpe para la logística de las tropas, que tuvieron que caminar llevando todo el equipamiento a cuestas, durante sesenta kilómetros.

De pronto, el silencio se interrumpe con el sonido de un rebaño de ovejas que se aleja del alambrado a medida que avanzo. Tengo la sensación de sentirme acompañado. Acabo de recorrer casi un kilómetro cuando me doy cuenta que, desde que doblé, el viento que tanto me preocupaba, se transformó en brisa. Me detengo. Miro a los costados, hacia atrás. ¿Dónde está el viento? No puedo entender lo que está pasando. Pienso:

“Son ellos, no hay duda”.

El cielo se está abriendo. Los rayos de sol empiezan a ganar fuerza entre las nubes. El camino presenta ondas casi permanentes con piedras a ambos lados de la ruta. Chequeo la cantidad de agua y geles para planificar el próximo abastecimiento. Observo, desde lo alto del camino, a escasos trescientos metros, una nueva curva. En este caso, retoma la línea recta hacia lo alto de una colina. Mi compañero, el viento, sigue sin hacerse notar. Aprovecho para disminuir el paso y cambiar el

aire. Inhalo profundo tres veces y retengo el aire; exhalo tres veces para expulsar todo el aire de los pulmones; el diafragma empuja con fuerza.

Junto coraje y apuro la marcha para llegar a la curva lo antes posible. Siento que debo hacerlo. La razón me indica que use ese trayecto para descansar las piernas, pero el corazón empuja. Las piernas responden como si estuviese entrenando cambios de ritmo.

“Tengo que hacer de cuenta que estoy haciendo alargues”.

Encaro la curva como lo hacía cuando rendía el Test de Cooper en la AFA. A fondo. Pero la meta no se encuentra a doscientos metros, como en la pista del CENARD, sino a más de veinte kilómetros, en el Cementerio Argentino de Darwin. De pronto, siento que algo me impulsa muy fuerte. Como si tuviese varias manos en mi espalda que empujan con mucha energía, pero sin hacerme perder la estabilidad. Aumento la velocidad de forma repentina. No puedo bajar la intensidad de mis pasos. Quiero, pero no puedo. La capucha de la campera se levanta y parece cubrirme la cabeza. El viento está de regreso. Terminó el descanso.

El buen tiempo sigue acompañando, aunque la temperatura no debe superar los diez grados. No cayó una sola gota. Observo charcos

de lluvia reciente, que no estaban cuando pasamos en el viaje de ida con la camioneta.

Una pequeña molestia en la pierna derecha desvía mi atención del camino. A la altura de la cadera. Grado de dolor: tres. Posiblemente algo normal después de casi ciento cincuenta kilómetros acumulados. Un nuevo descenso a escasos metros. Luego, una pronunciada subida. El viento desaparece cuando inicio el ascenso con una caminata reparadora. Unos metros antes de la cima, vuelve a soplar con fuerza. Algo está pasando. Enfrento una nueva pendiente. El viento me impulsa al bajar, pero desaparece cuando subo. Cerca de la cima, una vez recuperado, empieza a soplar otra vez.

—Son ellos.

Detengo la marcha.

—Bueno muchachos, ya entendí. Ustedes me van a empujar todo el recorrido.

Miro el cielo. Imagino sus rostros de alegría. Están allí. Todos abrazados. Argentinos y británicos. Forman una gran muralla. Levantan sus brazos y me saludan. Me alientan.

—Cuando ustedes me den la señal vuelvo a correr, digo en voz bien alta. Se los agradezco—.

La molestia de la pierna derecha se transformó en dolor. De uno a diez, seis. Logro anestésicarla pensando en positivo, pero el dolor regresa. Una y otra vez. Se hace cada vez más agudo. Estoy convencido que los ángeles que empujan no permitirán que me pase nada malo. Empujan, pero también me cuidan.

Veo la camioneta. Comienzo a caminar un tramo antes de llegar. Su interior parece un camión de mudanzas que incluye zapatillas, medicamentos, comida, bebidas, proteínas, energizantes, geles, entre tantas otras cosas. Mi médico, Atilio Giordano, confeccionó un listado de medicamentos que no podían faltar en mi botiquín.

—¿Qué te alcanzo? —, pregunta Alejandro

—Proteínas y el Voltarén—

Masajeo la zona y percibo un gran alivio. Llevamos ciento cincuenta y cinco kilómetros. El antiinflamatorio ayuda a pensar en lo que falta con más tranquilidad, pero las piernas siguen demandando cuidado. Carezco de experiencia en esta distancia, pero los consejos de Ever Moriena y del Doctor Giordano me sirven para solucionar los inconvenientes que vayan surgiendo.

Vuelvo a correr. Nuevos declives y más cuestas. En cada ocasión que el viento regresa luego de una subida, les agradezco y les hablo a mis ángeles. Las cuestas las camino y, cuando llego a la loma, el viento me dice cuando es momento de correr. Es como si todos ellos dijeren “listo, ahora a correr que te acompañamos”. Intento convencerlos que me den un par de metros más de descanso, pero si ellos me lo piden, sigo adelante.

Unos kilómetros antes de llegar al cruce de la ruta a Darwin, busco en el horizonte la cruz mayor del cementerio argentino. Otra advertencia. Más importante que las anteriores. Un dolor muy agudo que llegó muy rápido. Es una alarma de **desgarro. Grado** de dolor: ocho. La experiencia me indica cuáles pueden ser los resultados de ese esfuerzo. El viento sigue empujando y no permite bajar la velocidad. Sólo tengo pensamientos negativos. Si me desgarro no voy a poder

seguir corriendo. Coloco la mano derecha sobre la zona afectada. El dolor se expande. Grado de dolor: nueve. Es una línea casi recta desde la cadera hasta la rodilla, en el lateral externo. Aprieto con fuerza la zona, la masajeo. No puedo darme por vencido. Las fibras del músculo están haciendo mucha fuerza para no cortarse.

Levanto mi cabeza hacia el horizonte. Recuerdo a Ever Moriena, que sufrió cuarenta y cinco días de bombardeo en un pozo de zorro; al Comodoro Carballo atacando buques con el parabrisas lleno de sal; a Esteban Tries haciéndole silla de oro durante casi ocho kilómetros al Sargento Villegas para salvarle la vida; a Walter Goñi, exponiendo su cuerpo al fuego británico para atender al soldado Guanes. Pienso en la fuerza que le están dando a las piernas quienes deseo homenajear, los mensajes de cada una de las personas que esperan noticias desde el continente, mis seres queridos. Todos ellos confían en mí. Tengo que hacer lo mismo. Necesito vencer el dolor. Un paso detrás del otro.

En diagonal a mi ubicación, un punto blanco aparece a lo lejos. La ondulación del terreno hace que se pierda de vista por unos instantes. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Es la silueta de la cruz mayor del cementerio argentino. Debe haber diez kilómetros hasta allí. Llevo menos de siete horas corriendo. Concentro la mirada en ese punto

blanco. Tropezó con el borde de la ruta, pero no llegó a caerme por muy poco.

A escasos trescientos metros se encuentra la camioneta. El cartel de Goose Green con una flecha a la derecha indica que el cementerio se encuentra a menos de cinco kilómetros.

—¿Cómo estás?, ¿Qué te damos? —, preguntan a coro José Luis y Alejandro.

—Estoy bien, pero dame Voltarén.

Ambos se turnan para asistirme. Desconozco como hacen para encontrar todo lo que pido, a pesar del desorden que dejo en cada parada.

La pierna derecha está al límite. Grado de dolor: nueve. Decido no contarles sobre la contractura para no preocuparlos, pero percibo que sospechan algo. Parecen preocupados.

Mientras masajeo la zona dolorida, les pido que cambien las botellas de hidratación. Antes de partir, mis amigos me regalan una arenga motivacional impresionante. Están emocionados.

Giro a la derecha para iniciar el último tramo de carrera. Por primera vez vamos a terminar un recorrido en el cementerio. Después de recorrer menos de doscientos metros, casi no puedo correr. Siento

como si alguien hubiese prendido un ventilador industrial enorme y me lo estuviese enfocando directamente al cuerpo. Una especie de muralla invisible de viento que se apoya en mi pecho me detiene. Soy un testigo solitario de ese cambio espontáneo que no puedo modificar ni explicar. Decido caminar. Lo hago a la misma velocidad a la que trotaba. ¿Qué pasa? ¿Falta tan poco y el viento dejó de acompañarme? Repaso el recorrido, doblé a la derecha en varias ocasiones y nunca lo tuve de frente. ¿Qué pasa ahora?

Las piernas están llenas de ácido láctico. Pesan mucho, pero la derecha es la peor. Está incendiándose. Vuelvo a apoyar la mano sobre el cuádriceps tratando de contener el dolor, mientras le hablo:

—Por favor, no me abandones.

Sin soltarla, observo el cielo buscando respuestas. Les volví a hablar a mis ángeles, como lo había hecho muchos kilómetros antes.

—¿Por qué no me dejan avanzar, si ya estoy cerca?

Dios está enviando pistas para que pueda interpretarlas. Ellos, los mismos que estuvieron empujando durante todo el trayecto, quieren evitar el desgarro. Dios, la Virgen María y mi ángel de la guarda también

ayudan. Entiendo el mensaje. Camino e intercalo trote en trayectos cortos, solo cuando el viento lo permite.

A cuatrocientos metros del punto de encuentro pactado con mis amigos, observo el cementerio. Las cruces blancas se iluminan en el horizonte. El sol está bajo, pero tiene la suficiente fuerza para crear un halo de luz sobre cada una de las tumbas. En ese mismo momento, el viento cambia de sentido. Nuevamente, sopla desde atrás y, más levemente, desde el costado. Ellos, mis ángeles, vuelven a empujar. Vuelvo a correr.

Doscientos metros. Los latidos del corazón se aceleran, se me nubla la vista, pero puedo observar las figuras de José Luis y Alejandro agitando los brazos. Cien metros. Levanto la cabeza para mirar al cielo. Cincuenta metros. Después de ocho horas exactas nos encontramos junto al cartel blanco con letras negras "Argentine Cemetery".

Capítulo 25: F F Slough

Escucho el inconfundible sonido de la artillería que intenta hacer blanco sobre los aviones argentinos. En la playa, un grupo de soldados pide ayuda a los gritos, otros aguantan cuerpo a tierra las explosiones que sacuden el suelo. Una bola de fuego comienza a descender lentamente sobre el Estrecho de San Carlos. Hay mucha euforia sobre la cubierta de un buque, marineros saltan y festejan el derribo de un avión. Casi treinta y cinco años después, abro los ojos en el mismo lugar. El sol penetra con fuerza en la costa que circunda la bahía. Sus rayos queman. El césped parece tomar vida. Sólo se escucha el sonido del viento. La superficie del agua genera pequeñas ondulaciones. El Estrecho de San Carlos está chato, casi planchado. Es una pileta enorme.

Un cartel gris: “San Carlos Cemetery” nos brinda la bienvenida. Un muro circular, con forma de corral, lo protege e impide que el viento haga estragos sobre las tumbas. Debe tener un metro y medio de altura, aunque se eleva a poco más en la zona central donde se encuentran los murales con los nombres de los caídos británicos.

Traspongo la pequeña puerta de hierro de color gris. Por acción del viento, agacho la cabeza al ingresar. Allí se encuentran algunas de

las personas a las cuales está dedicado “Unir Malvinas”. Los mismos que, dos días antes, me estaban acompañando. Voy a poder agradecerles en persona.

El cementerio está dividido en dos sectores de siete tumbas. Tres en primera línea y las restantes cuatro, detrás. Son quince en total. Una de ellas, separada del resto, al lado de la puerta.

La tumba del Marine Keith Phillips es la primera a la izquierda. Phillips murió el 11 de junio a los 19 años. A cada lado de su lápida hay dos fotos. Era rubio, de pelo lacio y ojos claros. En ambas fotos se lo ve sonriente. Flores y ofrendas completan el espacio dedicado a su memoria. A simple vista, parece ser el más visitado. A su lado —otro marine—, Dave Wilson también posee flores colocadas recientemente. Murió el 27 de mayo de 1982 a los veinte años. En silencio y con mucho respeto, me detengo a rezar por el eterno descanso de cada uno de ellos.

Algunas tumbas, al pie de la lápida, presentan frases de sus familiares. Intento leerlas, pero en muchos casos no comprendo por completo el significado de las mismas. Todas las lápidas tienen un escudo que identifica al batallón o escuadrón al que te pertenecía el

soldado fallecido —en la parte superior—, y una cruz en el centro. Es una cruz cristiana, que tiene las puntas redondeadas.

Mientras camino hacia el otro sector del cementerio, me detengo frente al mural principal. Se trata de una placa de piedra muy grande dedicada a la memoria de los soldados de la Fuerza de Tareas Británica que perdieron la vida en la Guerra de Malvinas. A sus pies, se encuentran muchas coronas de amapolas rojas, con su dedicatoria correspondiente y una piedra que le impide al viento separarlas de ese lugar sagrado.

Vuelvo sobre mis pasos para iniciar el recorrido del sector derecho. La tumba más cercana a la puerta en la primera fila pertenece al Sargento Griffin. Cuando falleció, el 6 de junio de 1982, tenía 32 años. Era piloto de helicóptero. Su esposa Christine y su hijo Paul le dedicaron una frase en su lápida. Una corona, una cruz y una planta de hojas amarillas decoran su tumba. En el otro extremo de la misma fila, se encuentra el Coronel Jones, a quien le rendimos homenaje en el lugar de su muerte en Darwin.

En la última fila del lado derecho, la que está reservada para los PARA (Paracaidistas), me detengo frente a la tumba del Soldado F. F. Slough. Rezo por su eterno descanso, pero no puedo alejarme de allí.

La fecha de su muerte, 14 de junio—horas antes de la finalización de la guerra—, su edad —19 años—, y el hecho de no tener ninguna ofrenda me hacen suponer que su familia no puede viajar a rendirle el merecido homenaje. Mientras observo su tumba, pienso en él. ¿Tendrá familia? ¿Sus padres estarán vivos? ¿Lo recordarán todos los días? ¿Cuál será su nombre? ¿Cómo será su cara?

Recuerdo las lecturas que narran los sufrimientos de los familiares de los soldados argentinos que concurren a encontrarse con sus seres queridos en El Palomar o Campo de Mayo. Después de esperar durante horas, se enteraban que estaban muertos. Pienso en el dolor de las familias de los pilotos cuando personal de la Fuerza Aérea llegaba a sus casas para notificar que el jefe de familia había ofrendado su vida. El mismo sufrimiento habrán experimentado los padres y amigos de F. F. Slough. ¿Cómo habrá sido ese momento?

Sigo mirando la tumba de Slough y hay algo especial en ella. La fecha, la frase, su edad, algo más o la suma de todo ello me provocan pensamientos recurrentes sobre él. Tenía la misma edad que Keith, la primera tumba a la que me acerqué, pero Slough me transmite algo más.

Leo una y otra vez la leyenda de su lapida:

“So he passed over and all the trumpets sounded for him on the other side”

Imagino que debe hacer referencia a su ingreso al cielo. Algo así como que las trompetas sonaron el último día de la guerra, para recibirlo en su vida eterna, pero no logro comprenderla por completo.

Vuelvo a caminar, pero sigo pensando en Slough. El viento sigue soplando con fuerza. A pesar de haberme abrigado, el cuerpo comienza a perder temperatura.

Siento un escalofrío en la espalda. Vuelvo sobre mis pasos hacia la tumba de F. F. Slough. Tengo un sentimiento especial con aquel soldado que no puede explicar. Algo o alguien me está indicando que regrese frente a él. Hay otros soldados de la misma edad que Slough en ese cementerio. Hay otras catorce tumbas, pero necesito volver a la suya. Necesito dedicarle más tiempo y oraciones. No puedo darme cuenta qué es, pero lo siento.

Pienso en su familia. En el dolor de su madre. Seguramente, en pleno llanto por la pérdida de su hijo, habrá increpado a Dios. ¿Habría pensado que Dios la abandonó? Recuerdo una historia que me acompaña espiritualmente desde hace muchos años. Se llama “Huellas en la Arena”. Hace mención a una persona que camina por la playa y

observa dos pares de pisadas. Durante el camino, las pisadas en la arena se reducen a un par. Entonces, el narrador, aturdido, le pregunta a Dios:

— Señor, me dijiste, cuando resolví seguirte, que andarías conmigo a lo largo del camino, pero durante los peores momentos de mi vida, había en la arena sólo un par de pisadas. No comprendo porque me dejaste en las horas en que yo más te necesitaba.

—Mi querido hijo. Yo te he amado y jamás te abandonaré en los momentos más difíciles. Cuando viste en la arena sólo un par de pisadas fue justamente allí donde te cargué en mis brazos —respondió Dios.

En ese mismo instante, recuerdo la dedicatoria del Comodoro Carballo en uno de sus libros:

“Cuando estés uniendo, en tu carrera de amor al prójimo, ambos cementerios, el inglés y el argentino, recordá que Dios te mira y sonrío”.

Llamo a José Luis y Alejandro. Les cuento la historia de ese soldado que pude reconstruir con la información de su lápida y mi imaginación. Decidimos colocar en su tumba la única cruz que llevamos.

Intento agacharme para clavarla en la tierra, pero mis rodillas me recuerdan que llevo recorridos doscientos veinte kilómetros. José Luis me suplanta en el intento.

La tumba que se encuentra a su izquierda corresponde al Capitán C. Dent. Falleció el 28 de mayo en la batalla de Darwin, tenía treinta y cuatro años. Tampoco tiene ninguna ofrenda. Al igual que Slough, tiene una frase en su lápida, la cual hace referencia a su rostro sonriente.

Realizamos nuestro segundo reconocimiento a todos los caídos británicos, colocando una ofrenda floral en el mural. Rezamos en silencio.

Mientras camino hacia la puerta del cementerio, me persigno. Siento un escalofrío en mi espalda y una ráfaga de viento me empuja hacia adelante.

Capítulo 26: Fred

Francis Frederick Slough nació en Slough, una ciudad que se encuentra al sur del Reino Unido, el 18 de abril de 1963

Por correo electrónico con Peter Vorberg, amigo del soldado británico, me contó detalles sobre su vida:

Fred se incorporó al ejército como joven soldado, el 18 de septiembre de 1979. Formó parte de los jóvenes líderes del Cuerpo Blindado del Regimiento Real (Junior Leaders Regiment Royal Armoured Corps – JLR RAC), con la intención de ingresar a la Real Policía Militar. Completó los dieciocho meses de formación en JLR y se incorporó al Centro de Entrenamiento Militar Real en Chichester. Unos meses antes del conflicto tuvo que trasladarse de unidad. Eligió hacerlo al 2do Batallón del Regimiento de Paracaidistas.

Durante la guerra, sirvió en el 12 Pelotón, Compañía D, 2 PARA y fue herido mortalmente durante la etapa final de la batalla por Wireless Ridge el 14 de junio de 1982, horas antes de la

finalización de la guerra. Recibió varios impactos de una ametralladora pesada argentina que hizo blanco sobre un grupo de soldados británicos que estaban avanzando. Si bien fue evacuado al hospital de campaña, murió mientras los médicos intentaban reanimarlo.

Sus amigos lo recuerdan como un individuo muy callado, excelente persona, muy querido y respetado por los que trabajaban con él. Lo apodaban "Muscles" por el gran desarrollo muscular que ostentaba. Aunque era pequeño de estatura, le gustaba mucho hacer deporte. El boxeo era una de sus pasiones.

Su única hermana se llama Maureen y es menor que él. Fred, tiene otros seis medio hermanos, fruto de los nuevos matrimonios de sus padres Valery Margaret y Dennis George.

En un correo electrónico que intercambié con la hermana del soldado británico al volver:

"La madre de Fred tuvo que gestionar durante mucho tiempo con el ejército británico para poder concretar el viaje y rendirle homenaje a su hijo. Me sucedió algo similar también, pero se negaron a pesar del hecho de ser la única hermana completa de FRED.

El año pasado envié una carta y me autorizaron a viajar para presentarle mis respetos a mi hermano después de más de 30 años. Íbamos a viajar con mi hermana Vicky pero ella sufrió un ataque al corazón en Navidad y tuvimos que suspender el viaje”.

En la misma fecha que a ella se le suspendió el viaje, le rendimos homenaje con Alejandro y José Luis.

Su madre falleció en enero de 2000. Tuvo la oportunidad de visitar la tumba de su hijo en la década del '90.

En enero de 2018 volví a visitar la tumba de Fred junto a Paula. Maureen nos había enviado tres encomiendas a Darwin para ser colocadas en la tumba de su hermano. El manager del Darwin House, Anton, nos tenía reservada una sorpresa. Invitó al Dean de la Iglesia Anglicana, Nicholas Mercer, a acompañarnos. El Reverendo brindó unas palabras para Fred, el Capitán Dent y a todos los caídos británicos. Su presencia nos hizo sentir más cerca de Dios.